

Colaboracionistas

La idea del artista semidivino, ajeno a las limitaciones e inquietudes de los simples mortales, siempre fue un malentendido



El actor Javier Bardem en la gala de los Oscar en Hollywood el pasado 15 de marzo.
ANGELA WEISS (AFP / GETTY IMAGES)



JAVIER CERCAS

11 ABR 2026 - 05:30 CEST

🕒 f X ↗ 241 💬

Añadir EL PAÍS en Google

Pocos días después de que [Javier Bardem dijera no a la guerra en la gala de los Oscar](#), entre el silencio de sus colegas al respecto, Pedro Almodóvar declaró a *El Mundo*: “No hablar de política cuando tienes un altavoz como

autor es un modo de colaboracionismo”. La acusación es dura. ¿También es justa?

El término “colaboracionista” se acuñó en Francia para designar a quienes, [durante la ocupación nazi, cooperaron con el invasor](#) (no a quienes no se opusieron a él, que fueron la mayoría de los franceses, aunque tras la guerra De Gaulle les convenciera de que todos o casi todos habían sido resistentes. “Los franceses no necesitan la verdad”, decía en privado el general). ¿Es un colaboracionista el artista que no habla de política? Antes: ¿tiene el deber de hablar de política un artista? La pregunta es absurda. La idea romántica del artista semidivino, olímpicamente ajeno a las limitaciones, deberes e inquietudes de los simples mortales, siempre fue un malentendido, pero ahora no pasa de ser un timo de pícaros, mercachifles y vendehúmos, que ya solo se traga el esnobismo papanatas de los *sots savants*, los tontos con lecturas (de lejos, la peor clase de tontos). “¡Quién pudiera vivir en una torre de marfil!”, exclamaba en 1852 [Gustave Flaubert, uno de los paradigmas del arte puro](#); a otro de ellos, Borges, le preguntaron en una ocasión si vivía en una torre de marfil. “Eso es imposible”, contestó. “Una torre de marfil es una pieza de ajedrez”. Shakespeare y Cervantes eran hombres de carne y hueso, comunes y corrientes; lo excepcional no son ellos: son sus obras. Es verdad que, mientras trabaja, el artista (como el científico o el deportista, como cualquiera entregado a una tarea absorbente) vive en una torre simbólica de marfil, ensimismado en su quehacer, de espaldas al mundo; pero, en cuanto termina de trabajar, baja de su torre y se convierte en un ciudadano más, con los mismos derechos y obligaciones que los demás, empezando por la de ocuparse de lo común, es decir de la polis, es decir de la política, que es cosa de todos porque nos atañe a todos (la política es demasiado importante para dejarla en manos de los políticos). Como el científico o el deportista, el artista no tiene la obligación de pronunciarse sobre política porque sea excepcional, sino precisamente porque no lo es, porque es como todos y tiene las mismas obligaciones que todos (o un poco más: no todo el mundo dispone del altavoz del que habla Almodóvar). Esto no significa, sobra decirlo, que el artista acierte siempre en lo que dice: puede pifiarla como cualquiera; tampoco significa que siempre deba tener una opinión, o que deba darla a todas horas y no albergue dudas, o que su opinión sea siempre clara y taxativa —sí o no, blanco o negro—: a veces, la virtud está en el matiz, en el distinguo, en el justo medio. Pero no siempre. Dante confinó [en el rincón más oscuro de su infierno a los “ignavi”, los tibios](#), aquellos que, en tiempos de crisis profunda, no toman partido, se ponen de perfil, se hacen los

suecos; el problema consiste en definir qué es una crisis profunda, lo que a menudo no es fácil. Un ejemplo pasado: durante la II República, la virtud estaba en el justo medio, que era donde estaba la legalidad democrática; pero, en cuanto estalló la guerra, la virtud ya solo podía estar del lado de quienes defendían esa legalidad (incluso sin creer en ella). Un ejemplo presente: pese a que Ucrania sea una democracia e Irán una tiranía, es imposible no condenar la violación de la legalidad internacional perpetrada por Putin en Ucrania sin convertirse en colaborador de la guerra de Putin, y es imposible no condenar [la violación de la legalidad internacional perpetrada por Trump en Irán](#) sin convertirse en colaborador de la guerra de Trump.

Así que, con todos los matices que se quiera, Almodóvar lleva razón, y Bardem hizo muy bien diciendo lo que piensa. Nadie lo ha escrito mejor que Antonio Machado, que nunca ahorró críticas a la República pero estuvo de su lado hasta el final, pagando el máximo precio por ello: “Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que *au-dessus de la mêlée*”.

SOBRE LA FIRMA



Javier Cercas

Javier Cercas nació en Ibahernando, Cáceres, en 1962. Es autor de 12 novelas que se han traducido a más de 30 idiomas y le han valido prestigiosos galardones nacionales e internacionales. Ha recibido, además, importantes premios de ensayo y periodismo, y diversos reconocimientos al conjunto de su carrera. Es miembro de la Real Academia Española.